

*Cuaderno: Aspectos institucionales
de la disolución posmoderna*

LA MÁQUINA Y LOS ENGRANAJES
Bernard Dumont

1. Introducción

Los días 16 y 17 de febrero de este año se celebró un coloquio por iniciativa de la revista *Catholica*, con el apoyo del Institut catholique d'études supérieures (ICES), en su sede de La Roche-sur-Yon, y de algunos de sus colaboradores y profesores. El tema de este encuentro era: «La máquina y los engranajes. Mutaciones en el campo del poder en la época “posmoderna”». Se trataba de una alusión directa al título de un libro del historiador ruso disidente Michel Heller, quien, mientras vivía en Francia y enseñaba en la Sorbona, publicó un análisis particularmente sorprendente del sistema soviético y de las transformaciones antropológicas que estaba destinado a producir, y que efectivamente produjo en su momento: *La machine et les rouages. La formation de l'homme soviétique* (1). El libro era muy sistemático y pasaba revista a los diversos medios de destruir al hombre natural y religioso para transformarlo en buen *homo sovieticus*.

Cuando leemos cómo se ha llevado a cabo esta operación desde 1917, podemos pensar que el método utilizado fue un brutal y sistemático ascenso a los extremos de la modernidad en su versión marxista revolucionaria, ahora relegada al pasado, y en cualquier caso no aplicable

(1) Michel HELLER, *La machine et les rouages. La formation de l'homme soviétique*, París, Gallimard, 1994.

a Occidente. Sin embargo, muchas cosas nos llevan, más allá de las numerosas diferencias de ideología, estructuras y medios, a admitir una fuerte analogía con la situación que vemos hoy en esta época de superación de la posmodernidad. En el sistema soviético, explicaba Heller, «la religión, la familia, la memoria histórica, el lenguaje son aniquilados. La sociedad es sistemática y metódicamente atomizada, el individuo es privado de los vínculos que había elegido, en beneficio de los demás, establecidos para él y aprobados por el Estado. El hombre se encuentra absolutamente solo ante el Leviatán del Estado. Sólo le queda “fundirse en la colectividad”, convertirse en una “gota en la masa”, si quiere salvarse de una soledad que le aterroriza» (2).

Puede que el *Estado de Derecho* terminal no tenga todavía exactamente el rostro del Leviatán hobbesiano, ya que cada individuo sigue siendo en principio libre de seguir o no la tendencia imperante, aunque deba pagar por ello un importante precio. Sin embargo, la inteligencia de esta situación y la voluntad de superarla deben estar despiertas y ser capaces de ser ejercidas, sobre todo si la presión jurídica se combina con una presión social insinuante a la que es difícil resistirse, sobre todo por la falta de capacidad para captar los datos exactos y la nocividad de los mismos. Los últimos años han demostrado que estos diversos factores de control social pueden llegar a ser muy poderosos.

El coloquio del que damos cuenta se organizó con el objetivo de hacer balance del tema. Su propósito era identificar una serie de ángulos de aproximación a esta realidad en evolución, abordando ciertos aspectos significativos del marco institucional, los medios de control social y las consecuencias antropológicas resultantes, que a su vez se convierten en condición de posibilidad de la evolución observada. En cada uno de estos ámbitos hubo que elegir, lo que significa que el esfuerzo realizado debe considerarse como una modesta contribución a un enfoque global, un paso en el camino hacia una reflexión más amplia y profunda.

(2) *Ibid.*, p. 40.

2. La modernidad y sus evoluciones

La modernidad en general, y la modernidad política en particular, se ha desarrollado en forma de flujo (3). Esto es inherente a su principio filosófico inicial, que es el de una ruptura con el orden natural y un intento de reconstruirlo en el tiempo. Del mismo modo, este flujo experimenta una serie de cambios de intensidad variable, en función de las resistencias o de las condiciones favorables que encuentra, como el estado moral de las sociedades, los medios técnicos disponibles o la relación de fuerzas en el seno de la guerra perpetua entre sus propios protagonistas.

Si esta evolución se produce por cambios sucesivos, su desarrollo no suele proceder por una sucesión de etapas claramente compartimentadas, como la alineación de una serie de situaciones notoriamente diferenciadas, como la revolución, la democracia parlamentaria de base nacional, la confusión postmoderna... Tales etapas sólo pueden distinguirse a lo largo del tiempo, pero a corto y medio plazo las cosas no suceden así, ni siquiera en periodos estrictamente revolucionarios. Más bien, el cambio se produce según un movimiento complejo, una *histéresis* que conoce la persistencia de un fenómeno cuando desaparecen las causas que lo produjeron.

Podemos citar aquí a Guy Hermet, en una entrevista que nos concedió en 2008 a propósito de su libro *L'hiver de la démocratie ou le nouveau régime* (4), al responder a una pregunta sobre la metáfora del invierno y los «gérmenes» asociados a ella. No podemos sino citarlo aquí en extenso: «Es la voluntad o la tendencia a abolir la supremacía de la

(3) Hablar de flujo es descriptivo. Tal vez sería más apropiado aplicar el concepto de *autopoiesis* al proceso moderno, por otra analogía. Véase François OST, «L'autopoïèse en droit et dans la société», *Revue Interdisciplinaire d'Études Juridiques* (Bruselas), vol. 16, n. 1 (1986), p. 187 «Este paradigma de inspiración biocibernética se basa en la idea de que lo vivo se caracteriza no sólo por su autoorganización, sino sobre todo por su capacidad de autogeneración: la clausura es así llevada a su apogeo». Sin embargo, la imagen sigue siendo insuficiente, porque a medida que pasa el tiempo, el proceso moderno resulta ser *entrópico*, persiguiendo progresivamente su impulso hacia la revelación de su propia naturaleza y, finalmente, su autodestrucción.

(4) Guy HERMET, *L'hiver de la démocratie ou le nouveau régime*, París, Armand Colin, 2007.

política en favor de una especie de privatización de la gestión de nuestras sociedades avanzadas lo que implica el invierno de la democracia, es decir, el agotamiento de su trayectoria. Pero al principio, tomé la idea del invierno como una figura retórica, aunque no del todo inocente. Acababa de releer *El Antiguo Régimen y la Revolución*. En él, Tocqueville considera que en la década de 1780, la gente ya vivía en un régimen diferente, las ideas habían cambiado por completo, muchos de los mecanismos de conducción de la sociedad se habían transformado totalmente. Sin embargo, la gente no se daba cuenta de ello; tenía la impresión de que seguía viviendo en el régimen que conocía desde hacía mucho tiempo, una monarquía absoluta extremadamente blanda. Era el final del Antiguo Régimen, su invierno. Le quedaban pocos años en Francia y pocos más en el resto del mundo. Pero la gente no lo sabía, y yo me decía que debíamos estar en una situación así. Además, había, entonces como ahora, algunos elementos del siguiente régimen que estaban apareciendo, un régimen que obviamente no tenía y sigue sin tener un nombre» (5).

Se trata, pues, de comprender las modalidades actuales de tal evolución, considerando la disolución posmoderna como una condición, ahora cumplida, para el paso a una fase posterior, convenientemente calificada de posposmodernidad, que es lo contrario de las promesas del advenimiento de una sociedad libre y pacífica (6).

Hoy, por tanto, nos encontramos en una situación nueva y peligrosa que exige una disciplina de observación y análisis especialmente cuidadosa. Existen dos riesgos: por una parte, no captar la importancia o, menos aún, la dimensión real del cambio al que asistimos, y por otra, dramatizar sus efectos, dejando que una imaginación aterrorizada paralice de antemano cualquier voluntad de resistencia. De ahí la necesidad de hacer el esfuerzo de un estudio metódico.

Los últimos años, marcados por la crisis vinculada a la pandemia, pero no sólo, han ayudado mucho en este sen-

(5) «Crépuscule démocratique. Un entretien avec Guy Hermet», *Catholica* (París), n. 100 (2008), p. 26.

(6) Bernard DUMONT, «La postmodernité politique et son dépassement. Bref état de la question», *Catholica* (París), n. 155 (2022), pp. 4-17.

tido, con la abundancia de signos de cambio en el campo de las instituciones políticas, la desintegración de las identidades colectivas, la aparición de nuevas construcciones ideológicas y de nuevos métodos de acción revolucionaria, un gran deterioro de los vínculos sociales, todo ello con el telón de fondo del salto tecnológico, sin olvidar la radicalización de la crisis que afecta a la Iglesia, cuya voz profética hace mucha falta en estas circunstancias. Podemos considerar, por tanto, que nos encontramos en un momento de grandes cambios, sin duda más reales y amplios de lo que sugiere el eslogan tecnocrático del *Great Reset* lanzado por el presidente del Foro de Davos, Klaus Schwab, aunque sea una de sus señales. La cuestión de cómo acabará esta transformación es otro asunto, sobre el que se pueden formular hipótesis, pero cuyo desenlace depende de Dios.

La perspectiva es demasiado amplia para que pretendamos presentar una síntesis que defina un cambio tan general, sobre todo porque siempre es más fácil identificar los rasgos de un periodo que termina que el presente en su novedad. No obstante, es posible dar un primer paso en esta dirección.

3. El completamiento de un proceso

En algunos aspectos no estamos viviendo una revolución, sino sólo la realización de una serie de procesos preexistentes, que llegan a su culminación, según su propia lógica de desarrollo. En otras palabras, el árbol –¡el árbol malo!– acaba dando sus frutos.

Es el caso del ámbito humano, primer constituyente de las comunidades políticas, cuya cohesión se ha visto sucesivamente golpeada por el abandono de lo que aún podía dársele, aunque de forma muy ambigua, en torno a una conciencia nacional, un patrimonio histórico, una cierta homogeneidad cultural común y, en algunos casos, la unidad religiosa. Durante mucho tiempo, Francia ha vivido todo esto de forma ambigua, con la novela nacional republicana apropiándose de la conciencia histórica colectiva y clasificándola para sentar las bases de un consenso útil en torno al sistema

de poder vigente, ya sea liberal, republicano de combate, socialista o incluso comunista (7).

No cabe duda de que la conciencia nacional, preexistente o fabricada desde cero según los lugares, fue un cemento social útil para las construcciones políticas del periodo pos-revolucionario. «Era necesario [...] hacer admitir al pueblo lo más difícil de asimilar: conciliar a los ojos de cada uno el dogma de la soberanía popular, ilimitada en su principio pero restringida en su sustancia, con la realidad tangible de un aparato de poder mantenido o creado que conservaba o incluso aumentaba los atributos de la dominación regia. Para ello, era conveniente que los “soberanos populares” así proclamados llegaran a apreciar el valor simbólico de su coronación, aunque ésta fuera acompañada de un ineludible confinamiento en un espacio nacional, así como de una drástica limitación provocada por la imposición de la doctrina de la representación» (8).

Mayo del 68 sancionó el vuelco hacia la unidimensionalidad del mundo comercial, aunque la era del consumo había comenzado antes su efecto desmoralizador. Lo que hasta hacía relativamente poco tiempo había dado consistencia a una sociedad nacional se hundió por etapas en la insignificancia. Esta transvaloración de los valores no sólo no es deplorada por el neoliberalismo ahora dominante, sino que de hecho es buscada, como demuestran, entre otras cosas, las políticas de inmigración y la deliberada difuminación de las identidades por parte de las instancias ideológicas y la presión de las propias instancias estatales. El último intento de rescate fue propuesto por Jürgen Habermas a finales del siglo pasado, pero hoy ya no tiene sentido, si es que alguna vez lo tuvo. Recordemos la formulación de su utopía: «[Se trata] de elaborar una “convivencia” basada en principios políticos comunes más que en valores que definan una identidad particular. En lenguaje liberal,

(7) Véase Rolande TREMPÉ, «Intérêt national, intérêt de classe, patriotisme», en su libro *Les trois batailles du charbon (1936-1947)*, París, La Découverte, 1989.

(8) Guy HERMET, «États et cultures nationales : un retour aux origines», en Alain DIECKHOFF (ed.), *La constellation des appartenances. Nationalisme, libéralisme et pluralisme*, París, Presses de Sciences Po, 2004, p. 102.

la política debe basarse en una concepción de lo justo que permita la realización de los derechos de todos y no en una concepción particular del bien. Esta visión política común debe, entre otras cosas, permitir a cada uno realizar, individual y colectivamente, su propia concepción del bien. En otras palabras, la política debe consistir en construir un proyecto compartido más que una identidad común, lo que protege contra las simplificaciones y los peligros de los planteamientos comunitaristas» (9).

Michel Heller había dividido *La machine et les rouages* en tres partes, dos de las cuales tienen un significado particular para nosotros hoy: *vectores* e *instrumentos*. La primera incluía la infantilización de las masas y la ideologización, dos condiciones para la posibilidad del totalitarismo. La segunda enumeraba todos los medios: el miedo, la contraeducación en las escuelas, la corrupción, el control de la cultura y de la lengua... Al repasar esta lista, uno se sorprende de su actualidad. ¿Debemos considerar que el régimen soviético era brutal mientras que el nuestro es mucho más liberal? Esta es la verdadera cuestión, la relativa a la naturaleza –o a las modalidades– de la violencia aplicada a la sociedad, hoy sumida en la confusión. Estamos en la «sociedad de individuos» (Elias) o en la «época de las tribus» (Maffesoli), efecto necesario de una economía que sólo puede continuar su crecimiento sin fin eliminando todos los frenos que puedan oponérsele. Todas las fuerzas que destruyen las realidades morales se despliegan de facto en la misma dirección; son, por tanto, instrumentales para esta carrera vertiginosa.

Sobre este trasfondo de reducción cultural podemos comprender entonces dos datos fundamentales, que son efectivamente vectores e instrumentos del cambio civilizatorio que estamos experimentando: por un lado, las nuevas caras del Estado y la transición hacia una nueva organización constitucional, y por otro, la invasión de la tecnología y las nuevas formas de control de masas que ofrece.

(9) Sophie HEINE, «Jürgen Habermas y el patriotismo constitucional», *Politique. Revue Belge d'Analyse et de Débat*, 14 de octubre de 2011, disponible en <https://www.revuepolitique.be/jurgen-habermas-et-le-patriotisme-constitutionnel/>.

4. La organización del poder estatal

Un primer ámbito examinado es el de la organización del poder estatal, a la luz de la evolución general del sistema político moderno. Como introducción sintética a la comprensión del cambio en la forma del régimen político que domina el llamado Occidente, Miguel Ayuso (10) comenzó trazando un cuadro de la transformación, por etapas, del papel de las constituciones, no sólo como instrumentos de distribución de las funciones del poder político, sino cada vez más como medios de control sobre el conjunto de la vida social. Al comienzo del fenómeno político moderno, por «constitución» se entendía el pacto fundacional, el acto que instituía una voluntad compartida entre los partidos más fuertes, y no –por supuesto– la organización conforme a la ley natural por la que se rige una comunidad política determinada. Este pacto ha variado a lo largo del tiempo con la composición de las fuerzas que lo concluyeron, a lo largo del siglo XIX y hasta nuestros días, pero estas variaciones no han sido fortuitas, sino que corresponden más bien al paso de etapas impuestas por las causas y los efectos de cada configuración. La soberanía, es decir, la afirmación de la voluntad pura del Estado moderno, «pasará de su encarnación en la persona del rey a la “nación” y luego al “pueblo”, dando lugar a nuevas y más radicales formas de absolutismo. Pues, por un lado, el de las monarquías estaba vinculado a múltiples mediaciones religiosas e institucionales de carácter tradicional, mientras que el de la “nación” era fundamentalmente el de una clase, y el del “pueblo” una abstracción aún más peligrosa que la de una oligarquía pura, ya que la voluntad general como fuente de poder y de “derecho” se convertía en la instancia última e insuperable».

Así pues, la historia constitucional ha seguido etapas bastante claras: constitucionalismo liberal, luego constitucionalismo democrático, seguido del constitucionalismo racionalizado del siglo XX, formalista pero también constructivista, en el que las constituciones se construyen como planes de

(10) Catedrático de Derecho Constitucional en la Universidad Pontificia de Comillas (Madrid) y ex Presidente de la Unión Internacional de Juristas Católicos. Véase su texto a continuación.

organización política y social de acuerdo con una ideología. Posteriormente, después de 1945, la influencia estadounidense favoreció la transición hacia el “neoconstitucionalismo”, caracterizado por la creciente importancia (de reciente aparición en Francia) de los tribunales constitucionales que asumen, como el Tribunal Supremo estadounidense, el papel de guardianes de la ideología.

La “construcción europea” y la multiplicación de los tribunales internacionales de justicia han permitido extender el fenómeno, de modo que los órganos encargados del control constitucional, es decir, de la regularidad del cumplimiento de las constituciones, se han convertido en lugares de poder y, por lo mismo, en lugares muy codiciados (11). Así, continúa Miguel Ayuso, “al igual que la Constitución ha sustituido a la ley, la jurisprudencia de los Tribunales Constitucionales está sustituyendo a las constituciones. La interpretación se convierte en novación (cuando no en auténtica creación) cuando se traiciona a la Constitución, aunque no se modifique su letra». Sólo queda adaptar la ley al hecho, lo que se traduce en poner el poder del Estado a disposición de todo tipo de influencias económicas e ideológicas (12). Así se reconfigura el aparato del Estado, del mismo modo que pierde sentido el anterior sistema de elecciones y juego parlamentario.

El periodo actual marca así la superación del supuesto «Estado de derecho» del periodo anterior, dando paso, tras la fachada que se mantiene, a la realidad de un poder de contornos más opacos que nunca. En su discurso, y desde una perspectiva más político-filosófica, Rudi Di Marco (13)

(11) Sobre este tema, véanse las entrevistas que hemos publicado, sucesivamente con Gaëtan CLIQUENNOIS, «L'appropriation de la justice européenne par les fonds privés», *Catholica* (París), n. 153 (2021), pp. 26-34, y con Cristina PARAU, «Réseautage et para-légalité. A propos du système judiciaire européen», *Catholica* (París), n. 156 (2023), pp. 16-24.

(12) En este sentido, la corrupción se convierte en un medio ordinario. Sobre este tema, véase la investigación de Anne JOUAN y Christian RICHÉ, *La Santé en bande organisée*, París, Robert Laffont, 2022, sobre el asunto Mediator (de 1993), un antidiabético responsable de la muerte de más de mil personas.

(13) Abogado de derecho público (Venecia), Doctor en Derecho, experto en filosofía del derecho y filosofía biojurídica, Universidad de Udine (Italia).

explicó esta evolución como un paso progresivo, lógicamente necesario dados los principios iniciales, de la soberanía absoluta a la soberanía compartida (el equilibrio inestable entre las partes), y de ahí a una ruptura entre «porciones infinitesimales», es decir, a un juego de innumerables fuerzas enfrentadas en una guerra civil perpetua y apenas disimulada. La posesión del aparato del Estado, en tal situación, es por tanto objeto de toda codicia. «La despolitización de la política, de hecho, se radicaliza en términos absolutos y probablemente irreversibles, ya que incluso la identificación del interés contingente, que pretende suplantar el fin auténticamente político representado por el bien común, se vuelve aquí aún más provisional e inestable, del mismo modo que la fuerza subyacente se vuelve aún más insidiosa». Esta nueva etapa descompone los vestigios que pudieran quedar de la política como búsqueda prudente del bien de la comunidad, es decir, de un pueblo real.

Partiendo de estas premisas, Nicolas Hutten (14) y Gilles Dumont (15) se han centrado en los mecanismos específicos de la gran transformación institucional en curso. El primero, expone cómo las instituciones jurisdiccionales se han convertido en los instrumentos del *gobierno de los jueces*, que es, en sentido estricto, una usurpación de funciones y, aún más claramente, un medio de imponer disposiciones vinculantes que la elaboración parlamentaria de las leyes no permite obtener fácilmente o en absoluto. A su vez, el gobierno de los jueces se convierte, con la ayuda de la presión o la corrupción, en la palanca de diversos intereses económicos, financieros e ideológicos. En definitiva, se trata de una privatización de la política.

Gilles Dumont, por su parte, aborda otro aspecto del nuevo sistema, del lado de la función gubernamental, a saber, el recurso cada vez más frecuente a la excepción. La forma en que se gestionó la crisis de Covid constituyó una ilustración característica, pero en realidad se trata de una constante en

(14) Profesor de Derecho Público y Ciencias Políticas en la Universidad de Nantes.

(15) Catedrático de Derecho Público, Universidad de París-Cité, Director Adjunto de la Fundación «Ius et Politia».

las sociedades liberales contemporáneas, que muestra su relación muy particular con el Estado de derecho. En efecto, los distintos mecanismos excepcionales están previstos por textos, en particular constitucionales, cada vez más numerosos y precisos, lo que garantiza que la excepción se mantenga en el marco de una legalidad muy acogedora. Pero la excepción siempre va un paso por delante: por numerosos que sean, los mecanismos que la prevén nunca son suficientes, y cada vez más a menudo dan lugar a elusiones o desbordamientos, que los jueces a veces tienen dificultades para seguir cubriendo con el manto de la legalidad. La excepción revela así el carácter mágico del Estado de Derecho.

5. Los cambios sociales

Todo este proceso se ve facilitado por el fuerte deterioro de los vínculos sociales, que ha llegado a su punto álgido a raíz de la fragmentación posmoderna. Ello ha dado lugar a la aparición de fenómenos inéditos, desde la promoción de comportamientos antinaturales en todas sus formas imaginables hasta la manipulación de los individuos mediante el uso metódico del miedo, la desinformación institucional, la sustitución de los restos de la cultura nacional por la implantación de la *diversidad* étnica, cultural y religiosa mediante el fórceps, todo ello en una simbiosis muy desarrollada entre la coerción estatal, la propaganda mediática y la acción de minorías activas que utilizan medios violentos, tanto en el discurso como en la acción. La eficacia de estos procedimientos se debe a su complementariedad y simultaneidad, pero sobre todo al hecho de que se despliegan sobre un terreno ya ampliamente preparado durante la fase posmoderna anterior, exaltada como una liberación del individuo, un desarraigo en la realidad. Uno de los signos de esta verdadera transmutación cultural reside en el hecho, constatado varias veces en los últimos tiempos, de la incapacidad de los movimientos espontáneos de protesta para superar el nivel de las multitudes estudiado por Gustave Le Bon, como atestigua, por ejemplo, el delirio que puebla las redes sociales, el pan de cada día de las agencias antispiracionistas.

En todo ello, la responsabilidad de los intelectuales, el sistema educativo y los medios de comunicación es considerable. Cuatro oradores abordaron el tema: Guilhem Golfín (16) («El sistema deseducativo»), destacando el oxímoron de una escuela deseducativa, situación extensible a todos los productores de sentido, desde la publicidad, los signos visuales en el arte y la arquitectura, hasta la confusión introducida en el lenguaje; Christophe Réveillard (17) («Información y posverdad»), sobre el papel destructor de los medios de comunicación de masas, productores de «narrativas» constituidas según los juegos de influencia y no proveedores de información, responsables por tanto de la implantación de *la posverdad*; John Laughland (18) («El mecanismo social de la máquina de los valores»), vinculando lo que Heller observó en el comunismo, una disolución previa al desarme de los ciudadanos respecto del Estado, y su réplica en la época de la posposmodernidad, caracterizada por la disolución del Estado nacional y su composición étnica, de la familia y del propio individuo, todo ello en un flujo sin límites: «la ideología [post]postmoderna es la de lo trans». Por último, Arnaud Perrot (19) («La traición de los *clercs*»), considera la complicidad de los nuevos *intelectuales orgánicos* con el poder actual, así como la ambigüedad de ciertas reacciones críticas que puede provocar un celoso apego a la libertad de pensamiento y de acción libre de toda norma. Estos son, muy brevemente, algunos de los aspectos que caracterizan el trato al que la posmodernidad ha sometido a las personas, haciendo posible el paso a una fase posterior, la que llamamos precisamente posposmodernidad.

En la misma línea, hay que tener en cuenta el salto adelante en la propaganda y el control de las mentes, que, por la importancia de los medios actualmente disponibles, supera las técnicas desarrolladas en el siglo XX a partir del

(16) Doctor y profesor de filosofía, encargado de curso en el ICES.

(17) Jefe de investigación en el Centre Roland Mousnier (Universidad de la Sorbona/CNRS) y encargado de curso en el ICES.

(18) Doctor en Filosofía (Oxford), antiguo profesor en Sciences Po (París), profesor en el ICES.

(19) Profesor de lengua y literatura griegas en la Universidad François Rabelais (Tours).

estudio de los reflejos condicionados (Pavlov, Chajotin) y del conductismo (Watson, Skinner). Más concretamente, los progresos de la inteligencia artificial (IA) y del análisis del funcionamiento del cerebro condujeron a avances en la misma dirección, y dieron lugar en particular al *cognitivism*, que trasciende estas investigaciones anteriores y apunta directamente a manipular el propio órgano del pensamiento. La aplicación militar de estos nuevos procedimientos, como suele ser el caso, está a la vanguardia de estos intentos, bajo el nombre de *guerra cognitiva*.

No hay mejor referencia a *la máquina y los engranajes*. El dominio general de la tecnología y el espíritu tecnocrático están en el trasfondo de toda la evolución que caracteriza nuestra pos-posmodernidad. Esto se ha manifestado claramente en un aspecto en particular, el uso sistemático del miedo como medio de someter a la totalidad social a un estricto control del comportamiento, a través de la emergencia sanitaria, que se utilizó conscientemente como una oportunidad favorable y no como una torpe respuesta al pánico provocado por la propagación del virus. El miedo así generado ha sido objeto de estudios científicos sobre sus efectos en la salud mental (20). Se inscribe perfectamente en la panoplia de medios técnicos de gestión, por parte de una minoría, aplicados a una sociedad descompuesta –una disociedad–, con fama de reunir a sujetos perfectamente autónomos, pero más bien clónicos. Estos puntos fueron desarrollados durante la conferencia por José Meseguer (21) («La revolución digital y el control social»).

Sin embargo, hay que señalar que, más que la tecnología en sí, lo que está en juego en el presente es el espíritu tecnocrático y la mitificación de la tecnología. En realidad, la tecnología se promueve sin límites, pero al servicio de una voluntad de poder, como en los demás dominios predilectos de la modernidad. La paradoja es que en este culto encontramos a la vez «el amo y el esclavo», por utilizar la imagen

(20) Véase, en particular, Mathias DESMET, *The psychology of totalitarianism*, White River Junction-Londres, Chelsea Green Publishing, 2022.

(21) Catedrático de Lógica y Lenguaje Declarativo, Universidad de Illinois (Urbana-Champaign).

hegeliana. En efecto, la tecnología, en todas sus formas, es objeto de un verdadero culto, o mejor dicho, de una adicción en todos los estratos de la sociedad, al mismo tiempo que es en ella donde se absorbe la acción, impropriadamente calificada de política, de los que detentan el poder.

Dos oradores se refirieron a esta observación: Baptiste Rappin (22) («La era de las piezas de recambio»), y Christophe Beaudouin (23) («Técnica y antropología»).

Baptiste Rappin se adentra en el terreno de la filosofía subyacente, inspirándose en Ernst Jünger, para quien se trata de una «movilización total», y en Martin Heidegger, que la interpreta como la conversión de toda la existencia en energía e imperativo de movilidad. «El hombre [...] conduce su existencia en la sociedad industrial como una pieza», y como tal es intercambiable. «El desgarramiento del mundo objetivo aparece así como la condición previa de la lógica de la sustituibilidad general que rige por sí misma el auge contemporáneo de la tecnología. Desde este punto de vista, cualquier freno al intercambio –el cuidado de las cosas, su conservación, protección, mantenimiento, reparación, salvaguarda– debe ser inmediatamente levantado». Estamos pues en plena inversión entre la mente y la materia, el ser humano y su gestión. Los *recursos humanos* deben *gestionarse* según el único criterio de la empleabilidad (incluso en la escuela, donde ésta se ha convertido en el objetivo último). Baptiste Rappin concluye: «Poniendo fin a la unidad del individuo, la comunidad y la profesión, la gestión de los recursos humanos planifica, con mayor o menor éxito, la movilización general y la provisión de competencias; instituye así un intercambio impersonal en el que las piezas de recambio, humanas o artificiales, se cambian por dinero, promesas de rendimiento futuro».

Christophe Beaudouin confirma este planteamiento general, utilizando el caso de la Unión Europea, el primer régimen cibernético en su opinión. Muchas personas son

(22) Profesor (HDR), Instituto de Administración de Empresas, Universidad de Lorena, miembro del laboratorio de literatura y teología «Écriture» (EA 3943).

(23) Doctor en Derecho, docente en el ICES.

insensibles al cambio de términos, y ven la palabra «gobernanza» como sinónimo de «gobierno». Pero no es así. De hecho, todo un vocabulario revela el significado del cambio de palabras: «Los Estados se reducen a una *función instrumental*, engranajes de la máquina de gobernar que se ha extendido por todas partes; estamos pasando de la ley al *programa*, del territorio al *mapa*, del pueblo a la *sociedad civil*, de la legitimidad que emana de las urnas a la supuesta *pericia* y cooptación, de la preocupación por la justicia a la de la *eficacia estadística*. El lenguaje informático se está convirtiendo en el lenguaje común: *software*, *ADN*, *disco duro*, *Great Reset*... De forma muy sintomática, la integración europea de Estados regidos por constituciones supuestamente democráticas ha supuesto el paso a otro tipo de organización, constituida por una «miríada de actores» (unos 300 comités, 1500 grupos de expertos, 76 agencias, etc.). Este monstruoso aparato implica necesariamente la subordinación de entidades preexistentes. Se me ocurre, por tanto, que estamos en el umbral de un sistema de vigilancia universal que encarna el Panóptico de Bentham, un gobierno central mundial. Y sin embargo, Christophe Beaudouin señala que hemos visto con la crisis de Covid que, sin tal gobierno, se ha señalado una capacidad de coordinación mundial instantánea, un discurso mimético difundido inmediatamente en todas las redes mundiales de información, con las mismas palabras y en el mismo *tiempo real*. Parece que ya no estamos ante la construcción de un Estado mundial en el sentido clásico de la palabra Estado, sino ante una nueva estructura de poder, o de poderes entremezclados.

5. Conclusión

Al término de esta larga exposición, cabe hacer algunas observaciones a modo de conclusión provisional.

La primera es subrayar el hecho de que este intento, parcial como se ha dicho, sólo puede ser la primera aproximación a un trabajo sistemático mucho más amplio, que exigirá mucho más esfuerzo que la preparación y celebración de un coloquio de dos días, del que cabe esperar que pueda

emprenderse sin demasiada demora, dada la rapidez con que se están poniendo en marcha de la nueva *máquina* y sus *engranajes*.

Una segunda observación es una advertencia. Los hechos descritos y analizados revelan una especie de absorción total de la humanidad, si no ahora, al menos en un futuro próximo. Se habla mucho de las masas, de los procesos de control social, de las ambiciones locas de los más ricos del mundo, de la toma universal de la tecnología... Por el momento, todo esto está de moda y es estadístico, pero no es universalmente relevante. Por tanto, debemos evitar dejarnos fascinar por los nuevos constructores de Babel, es decir, debemos ser razonables.

Podemos tomar prestada la última observación del decano de la Facultad de Ciencias Políticas e Historia del ICES, el general Frédéric Blachon, quien señaló, en el momento de la clausura del coloquio, que frente al poder de la máquina y su funcionamiento, podemos, por supuesto, vernos amenazados por una «complicidad inconsciente», como pretendía demostrar el experimento de Milgram que medía el grado de sumisión a una orden, incluso criminal. Pero también podemos recordar que «no hay mayor adversario del engranaje oscuro que el disidente igualmente oscuro» .